



MAURICE BLANCHOT

La amistad

Traducción de José Antonio Doval Liz,
Trotta, Madrid, 2007, 267 pp.
(L'amitié, Gallimard, 1971)

También aquí hay dioses!", espetó Heráclito a los forasteros de mirada defraudada... Al parecer, habían venido desde muy lejos para ver al más críptico de los hombres enfrascado en su sesuda labor, pariendo abstrusas y complicadas ideas, pero, en contra de lo ansiado, se toparon con una estampa cotidiana y casera, indigna de un pensador de su talla. Lo hallaron en cuclillas, frente al calor del horno... Fue como si hubiesen descubierto al bello Apolo hurgándose la nariz y, ante el chasco producido por semejante visión, soltara un *esto-no-es-lo-que-parece* poco convincente. Afortunadamente para nuestra comprensión de los hechos, conservamos un fragmento similar del Primerísimo de los filósofos, al que quizá debieron pillarlo en lances parecidos al del Oscuro. No se explica, si no, que Tales de Mileto le dijese a algún convecino "¡Todo está lleno de dioses!", inaugurando de esa forma el *pathos* filosófico: el Asombro extremo ante cualquier cosa, por nimia e insignificante que sea; actitud que ya en Aristóteles, amigo del término medio, va a adquirir un tinte algo más descafeinado, de mero curioso, con la archisabida fórmula de que *el hombre desea saber por naturaleza*...

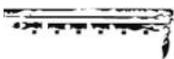
El peso del hiloziismo hizo bascular la traducción del supuesto fragmento de Tales hacia la interpretación que de ella

dio el estagirita: "todo tiene alma, *psyché*", ¡hasta las piedras!, las mismas a las que más tarde Heidegger despojará de mundo. No contentos con esta deriva animista, nos sentimos inclinados, como anteriormente otros han hecho, a traducir *Theós*, lo divino, como lo "inquietante": eso que no se deja nivelar, estabilizar ni trivializar; algo parecido quizás a la *solicitud* derridiana, ese neocuaquerismo que lo hace temblar todo, como si de un gran flan gelatinoso se tratara. Y es que el mundo le debía parecer muy turbador e inseguro a ese insigne y torpe milesio, para quien la tierra se le abismaba continuamente bajo sus pies, teniendo que soportar, además de su propio temor, las risas de las molestas sirvientas. Podemos aventurar que en algún momento de su vida Tales debió de afirmar, al menos para sus adentros: "¡Todo está lleno de pozos...!".

Anacrónicamente, y tomando prestado algún término de Blanchot, muy pero que muy amigo de aquellos lejanos presocráticos, podríamos traducir el "¡también aquí hay dioses!" heracliteano del modo siguiente: "¡No os confundáis forasteros!, aunque esté dentro de mi choza, en el *chez-soi*, al abrigo del frío, ¡no soy un burgués de mierda! ¡Hay *afuera* por todas partes, hasta aquí dentro!". Así que, según esta arriesgada interpretación, en lo más cotidiano y conocido de la casa y del yo, en lo más íntimo y elemental de un tiempo presente y anticiclónico, siempre hay algo obscuro y turbador: una intemperie, un desequilibrio, un foso o un pozo irreconocible que no se puede prever ni clausurar y que siempre nos atrae engulléndonos.

Alguien de pasado dudoso escribió que el lenguaje era la mansión del ser. Blanchot, que también arrastraba una historia que terminaría dándole caza, concibió ese hábitat lingüístico plagado de recovecos y pozos, como un escrito que no se deja decir ni traducir unívocamente, y que por ello da lugar a mil versiones a su vez plurales. De esta forma, la lengua adquiere "la dignidad de ser traducida —escribe Blanchot en *La amistad*—, ya sea porque por su origen 'se entiende' con otra lengua, ya sea porque reúne de forma privilegiada las posibilidades de ser diferente de sí misma y extraña a sí misma que toda lengua viva detenta". Por eso, cuando Derrida escribió, siguiendo en parte a Blanchot, que "tout autre est tout autre", o sea, que "cualquiera" (*tout autre*) está preñado de "extrañeza e inquietud" (*tout autre*) —en definitiva, que todo está "endiosado" o "empozado"— estaba incorporando al idioma francés esa otra lengua "divina" y agujereada de aquellos antiguos jonios para hacer temblar la suya, muy anquilosada y ateizada por el trabajo de la Academia. Quién sabe, quizás gran parte de la filosofía y de la literatura sean múltiples traducciones del *dictum* de Tales, a favor o en contra...

Descartes, en noviembre de 1619, revive una situación que resume a la vez las anécdotas de Tales y Heráclito, aunque en soledad. Así comienza la segunda parte del *Discurso del método*, resguardado en una casa de un burgo alemán, sentado frente al calor de una estufa y dudando de la fiabilidad de los cimientos y hasta de la existencia del yo. Si alguien hubiera entrado en la pieza en ese momento, es seguro que Descartes habría esgrimido un "esto-no-es-lo-que-parece, ¡aquí también hay gato encerrado!" Pero lo que se proponía Descartes no era sólo dejar constancia del temor y del temblor que le saltaba y del peligro de colarse en algún agujero ("como hombre que tiene que andar solo y en la oscuridad ... me guardaría muy bien de tropezar y caer", escribe, previniendo la risa de alguna sirvienta), sino además expulsar a todos los dioses (las cualidades ya casi descualificadas del aristotelismo) y afianzar así un yo blindado, seguro de sí mismo y sin grietas, fatuo. De no haber dado este paso, algún historiador no habría vacilado en colocarlo en el anaquel de los filósofos de la sospecha, encabecando el grupo... Pero tras haber sorteado el pozo de la duda



LIBROS



MAURICE BLANCHOT La amistad

hiperbólica (la caverna platónica de la modernidad), pudo Descartes por fin alejarse del fuego sin más preocupaciones y ascender hacia la claridistinción. ¡Ya no había dioses!, esa era la buena nueva cartesianiana. Mas la confianza, o un resfriado, acabó con Descartes... Es sabido que Freud, otro pequeño burgués, dejó que entraran nuevamente en casa cuando habló de lo *unheimlich*, lo “familiarmente inquietante”, como si lo hubieran descubierto cocinando un *Gulasch* y les dijese a sus visitantes, mientras removía el puchero, “¡muchachos, no se decepcionen, también aquí hay incosciente!”.

Si alguna vez estuvo Aristóteles cerca del “¡Aquí también hay dioses!” de Heráclito y del “¡Todo está lleno de dioses!” de Tales fue precisamente cuando afirmó (según cuentan los rumores) “¡Oh amigos míos, no hay ningún amigo!”. Parece como si sus amigos del Liceo lo hubieran sorprendido en el momento de adscribirse a una filosofía de la presencia pura, de la semejanza y de la proximidad platónica y se justificara con esta extraña salida de tono, que ya podemos entender como: “Oh mis amigos más inmediatos, siempre seréis mis distantes!”, quiero decir, *todo-esta-endiosado*. No hemos de sorprendernos por lo tanto que cuando Blanchot dedicara un libro entero a sus amigos, Bataille, Char, Leiris, Malraux, Klossovski, o a los que quizá también lo hubieran sido en la cercanía, como Marx o Kafka, anotara al finalizar: “la amistad, esa relación sin dependencia, sin episodio y donde no obstante cabe toda la sencillez de la vida, pasa por el reconocimiento de la extrañeza común que no nos permite hablar de nuestros amigos, sino sólo hablarles”. Nos encontramos pues con un colección de artículos que no habla de los amigos, sino que les habla desde la *distancia*; que no habla de la amistad, sino a la amistad, a esa “separación”, ese pozo que es “lo que pone auténticamente en relación, el abismo mismo de las relaciones en que se mantiene, con sencillez, el entendimiento siempre mantenido de la afirmación amistosa”, o, como se dice en el noveno capítulo de este texto, con “el desquiciamiento de lo inmediato”, del ateísmo, podríamos añadir.

Esta nueva edición revisada que Trotta nos ofrece de *La amistad* es pues parecida a la historia de Heráclito. Las reseñas recogidas en *La amistad* podrían parecerle a algún forastero que se acerque desde lejos demasiado próximas, amigables. Quizás Blanchot vio en los ojos de alguno de sus coetáneos la misma mirada defraudada de aquellos jonios acercándose al sabio, y a modo de disculpa, o más bien de advertencia, finalizó el libro con esa pequeña joya que le da título. Si se pudieran resumir esas tres

últimas hojas en un pequeño aforismo, aunque fuera anacrónico, éste sería sin duda: “¡Amigos, también aquí hay dioses!”.

Julio Díaz Galán